

Félix del Valle, aprendiz y maestro

Gregorio Marañón y Bertrán de Lis

Honorario

Hay personajes que, sin aparentarlo, conforman su tiempo y el paisaje que habitan de manera que sin ellos todo sería diferente y peor. Son muchas veces más decisivos en lo profundo, en lo que de verdad deja huella y queda, que otros actores sociales aparentemente más influyentes. Félix del Valle es un prototipo de los primeros, gracias a su extraordinario buen hacer y a la bondad última que destila cuanto de él proviene. Recordaré aquí una de las últimas conversaciones que mantuve con mi abuelo Marañón, cuando me enseñó, en una inolvidable lección para aquél joven universitario que yo era entonces, la prevalencia, precisamente, de la bondad sobre cualquier otra cualidad humana. Y Félix del Valle tiene muchas, además de la esencial que he citado: la inteligencia, la sabiduría, la laboriosidad, la seriedad y la sencillez, entre otras.

Quiero ahora componer su retrato con sus propias palabras. Toledano, hijo de un rejero, a su vez heredero de una tradición familiar que se remonta al siglo XVI, se interesa de joven por todo cuanto se refiere al rico mundo de la artesanía. La forja, el damasquinado, el cincel, el grabado, los esmaltes, el cuero, y tantas otras actividades igualmente artesanales, carecen de secretos para él. Da un paso más, y empieza a interesarse con «cualquier cosa relacionada con el arte». No sólo, nos dice, de las bellas artes sino también de lo que él denomina con gracia las artes menores. Esto le lleva a considerarse un «aprendiz de las cosas artísticas», manteniendo luego, a lo largo de toda su vida, ese espíritu, esa curiosidad, por saber más, por incorporar permanentemente a su acervo intelectual y manual nuevos conocimientos. Podemos hablar de una verdadera vocación artística él dice «una especial atracción» que se trasciende no tanto en una actividad artísticamente creativa sino en la creación de muchas otras iniciativas y estudios relacionados con las artes. Su continuado esfuerzo de aprendizaje y trabajo, que él define como una tarea de «formación y dedicación», le otorgó pronto una merecida maestría, que es no sólo conocimiento sino autoridad, y desde la que tan generosamente tanto nos ha enseñado a todos.

Su amor al arte culmina con su elección como Director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Más tarde hace algo muy característico de él: lejos de querer eternizarse en su prestigiosa posición académica, les pide a sus compañeros que no piensen en él -son sus palabras- para la próxima elección, renunciando, cuando cree haber cumplido con eficacia su misión, a esa tentación, casi irresistible, de justificarnos en un cargo con la excusa de que se nos necesita.

Y en este rápido boceto no puede faltar una referencia a su toledanismo. Jesús Fuentes, recientemente, ha escrito un texto acerado y certero, sobre los toledanos. Yo que me siento y me considero, aunque de adopción, uno de ellos, y los adoptados, como los conversos, somos a veces más apasionados ciudadanos de lo nuestro que los naturales, reconozco en Félix del Valle lo mejor de nuestra compleja y rica idiosincrasia. Veamos algunos de sus rasgos. Ante todo, y sobre todo, quiere a Toledo en su integridad, por tanto, no sólo el que hemos heredado del pasado, con las reliquias incomparables de sus obras de arte, sino también al de hoy y al de mañana. ¡Me gusta -dice- que haya un Toledo del siglo XXI, un Toledo actual y moderno... al tiempo que le apasiona vivir en el Toledo del siglo XVII, en el corazón de su casco histórico! Y nos facilita la clave para ser feliz habitándolo: asumir que es diferente, y que esta diferencia comporta, también, algunos inconvenientes. Esto es, sentir el placer de vivir en una ciudad milenaria, dejando de lado algunas de las comodidades a las que nos hemos acostumbrado sin ser necesarias. Este ascetismo, trezado de austeridad, es una lección que nos señala cómo vivir mejor en la vieja ciudad... y en la moderna, porque rezuma verdadera sabiduría vital.

Su amor por Toledo le lleva, por tanto, a considerar Toledo como una única obra de arte, que no permite su fragmentación entre lo moderno y lo antiguo, los edificios y el paisaje. Y al tiempo que denuncia que falta ese «sentir general» -esa conciencia cívica- que Toledo necesita, desde su optimismo se limita a decir que «todavía» no apreciamos como se debe lo que la ciudad es y debe ser. En este «todavía» late la esperanza convencida de que llegará un cambio a mejor. Y es esta actitud tan esperanzada la que le hace figurar entre lo mejor de ese alma toledana que a veces se encierra sobre sí misma, amurallándose para desconocer lo que queda fuera y protegerse del tiempo nuevo que inexorablemente ha de venir. Como Félix del Valle nos dice, «puede que yo no lo conozca, pero a Toledo le llegará ese momento, porque confío en la sensibilidad de los hombres». Y nosotros coincidimos con él, porque confiamos en que con figuras tan admirables, personal y cívicamente, como Félix del Valle, Toledo sabrá aunar la mo-

dernidad con la tradición, y nadie osará seguir afirmando que conservar la inmensa riqueza patrimonial heredada constituye un obstáculo para el progreso. Es más, ese tiempo mejor, gracias a Félix del Valle, y a los otros Félix del Valle que han sido y son, ya ha llegado, al menos en parte. De ahí el tributo de reconocimiento que le rendimos con esta publicación, en la que me honra tanto participar. De corazón, Félix, gracias por ser como eres, y prosigue, que aún tu andadura es larga y prometedora, pues un maestro no deja nunca de aprender.

